

La democracia sin apellidos

1

Si Gabriel Zaid es un lúcido crítico de la economía presidencial mexicana, Enrique Krauze es un crítico no menos lúcido del sistema político mexicano, que se ha empeñado en buscar una democracia para México. Su búsqueda es toda una apuesta. Más aún: un verdadero desafío, pues hace ya mucho tiempo que los mexicanos no están muy habituados a la democracia. Brevemente, en el pasado, la democracia en México existió en dos ocasiones (en el período que se conoce como la República restaurada, inmediatamente después del fugaz imperio de Maximiliano, y durante la efímera presidencia de Francisco I. Madero, en los prolegómenos a la revolución mexicana). Desde que se produjo este último episodio hasta hoy la democracia se extravió. Y este extravío no deja de ser una rareza ahora que otros países se han puesto a buscarla y, lo mejor de todo, han demostrado que no era demasiado difícil hallarla. Así ha ocurrido en España, Grecia, Portugal y en algunas otras regiones de Hispanoamérica. Es evidente que todos cambian, menos México y, por supuesto, los países socialistas, con todo y su *perestroika* y su *glasnost*. O peor aún: mientras que muchos cambian para tratar de estar mejor, México cambia para estar peor y aproximarse a lo que pudiera sugerir un desastre. ¿Por qué un desastre?

Esta pregunta resultaría superflua si no se tratara de un país que, no obstante sus miserias, que son muchas, parecía aproximarse a la prosperidad de las sociedades modernas. Hace apenas unos diez años muchos mexicanos supusieron e hicieron suponer al mundo que México abandonaba los dominios de la premodernidad gracias a su riqueza petrolera. En poco tiempo esta supuesta riqueza se esfumó y en su lugar quedó una enorme hipoteca. Esta hipoteca no sería tan grave si sólo fuera financiera, pero el país también quedó hipotecado política y moralmente. ¿Por qué?

Porque sus gobernantes se han empeñado en vivir metidos en un arquetipo político radicalmente premoderno. Es decir, porque se resisten empecinadamente a abandonar sus costosísimas costumbres centralistas y, peor aún, patrimonialistas.

Dadas las circunstancias, Enrique Krauze decidió emprender una indagación de las causas por las cuales México desembocó en una bancarrota económica, moral y política. La búsqueda de estas causas lo condujo a un recorrido por el territorio de las aventuras y desventuras de la democracia en México, cuyo resultado es un libro donde ejerce la función cívica del crítico sin intenciones sacralizadoras: *Por una democracia sin adjetivos*. (Mortiz Planeta, México, 1986).

Aun cuando los mexicanos no padecen una dictadura, sí sufren el autoritarismo de gobernantes que ininterrumpidamente se han resistido a la modernidad, convencidos de que cualquier cambio político disminuiría el uso y el abuso que hacen del poder. En México ha habido muchas oportunidades para la democracia y, por lo tanto, los gobernantes de ese país han tenido no pocas ocasiones de reconciliarse con ella. Sin embargo, han dejado escapar todas esas oportunidades.

Una ocasión perdida fue 1968. En ese entonces se desoyó a los estudiantes y profesores que exigían civilmente libertades democráticas. La respuesta gubernamental a esta exigencia fueron los tiros. Después se dejaron escapar otras oportunidades. Esto sucedió, por ejemplo, cuando se hizo la reforma política, que era más política que reforma, dado que aun cuando se legalizaron algunos partidos políticos que hasta entonces estaban prácticamente prohibidos, la maquinaria política del gobierno impide sistemáticamente cualquier triunfo electoral más o menos significativo de la oposición. Una de las últimas veces que se ha dejado escapar el momento de reconciliarse con la democracia fue a raíz del terremoto sísmico y, como consecuencia, social que se produjo en septiembre de 1985.

Frente a este panorama Enrique Krauze ha sabido ejercer el derecho a la crítica acertadamente. Es decir, sin ánimos de transformarse en un especialista cargado de certidumbres, sin hipotecar su pensamiento a impulsos mesiánicos, sin heroísmos.

Como buen historiador que es no se ha privado de establecer analogías que posibilitan, por ejemplo, la comparación entre los comportamientos políticos del México de este último cuarto del siglo XX y los de la Inglaterra del siglo XVIII. Y todo esto sin hacer abstracción ni de lo específicamente mexicano ni, menos aún, de las diferencias de época. Pero en cualquier caso siempre es imaginable lo posible.

La democracia inglesa surgió así: simplemente como una democracia, sin apellidos. Y de aquí precisamente la propuesta de una democracia sin adjetivos para México. O, en otras palabras, de una democracia que no pueda ser artificiosamente negada mediante adjetivos tales como «formal» o «burguesa». ¿Pero sustancialmente qué quiere decir para Krauze una democracia sin adjetivos?

Para enunciar la democracia a la que aspira su razonamiento es muy preciso. Para él una democracia sin adjetivos es una democracia

- en la que se respeta el derecho al voto;
- en la que hay una verdadera tolerancia de la opinión ajena;
- en la que la crítica es imaginativa y coherente;
- en la que verdaderamente existe el pluralismo;
- en la que hay una real vigilancia del poder para orientarlo y llamarlo a cuentas; y
- en la que, en última instancia, se puede hacer cotidianamente el destino individual y colectivo con el esfuerzo propio.

Así percibida la democracia no es, obviamente, ni una forma de gobierno ni la más consumada panacea. Es simplemente una forma de convivencia entre hombres libres

que discuten y no entre seres serviles que acatan. Es un camino hacia la reconciliación y no un acuerdo entre lacayos.

3

México fue en sus últimos años de populismo un buque a la deriva. Y los ex presidentes Echeverría y López Portillo fueron sus torpes y soberbios timoneles.

En la nave a la deriva los pilotos agraviaron a los mexicanos con su profunda adhesión al despilfarro, su desenfrenada búsqueda de lo tan suntuoso como inútil, sus invereadas prácticas patrimonialistas y su temible prepotencia. Y esto fue quizá lo que les permitió a algunos de sus adversarios reducir la democracia a mero adjetivo: formal. Sin embargo, el adjetivo era inadecuado, dado que se hablaba de democracia formal cuando no se trataba de democracia, sino de las más pervertidas formas de la perversión populista.

Por los comportamientos patrimonialistas y la prepotencia de estos gobernantes la democracia adoptó, a los ojos de algunos mexicanos, la fisonomía de una entidad formal y vagamente burguesa —aunque ciertamente la burguesía y amplios sectores de las clases medias obtuvieron innumerables beneficios de esta supuesta democracia—. Eran los tiempos en que numerosos mexicanos vivían, viajaban y derrochaban como príncipes orientales.

Ante esta supuesta democracia Krauze propone la democracia sin adjetivos: una democracia que se distancie de todo género de formalismos y, por este medio, elimine el agravio que pesa sobre los mexicanos, principalmente sobre aquellos que creían y creen en la democracia. Sólo la democracia, dice Krauze, acabará con el agravio que, por otra parte, produce la desconfianza de los mexicanos en sus instituciones. ¿Cómo acabar con el agravio?

Muy simple: poniendo en circulación la democracia.

¿Pero de qué manera pueden los gobernantes mexicanos contribuir a poner en circulación la democracia?

Aunque en algunos aspectos se le parece, el PRI no es el PCUS, y la restauración de la democracia en México no es algo que a Krauze le parezca imposible después de lo catastrófico que fue para el país López Portillo. El tiempo, sin embargo, hasta ahora no le ha dado la razón. Es cierto que los que hoy gobiernan en México no han restringido las libertades ciudadanas que prevalecen, pero tampoco han contribuido a una real puesta en circulación de la democracia. ¿Qué queda entonces por hacer? La desesperación no es aconsejable. Y dado que el PRI no es eterno quedan, como lo observa Krauze, imaginables iniciativas de una sociedad civil capaz de crear asociaciones, clubes o partidos y una prensa democrática que eventualmente la saque de su cómoda parálisis subsidiada y la conduzca a la acción cívica. Sólo así se acallarían los ecos porfirianos que aún resuenan en el México de 1987.

Porfirio Díaz pensaba en 1908 que nada atentaría contra su poder porque la paz social era una realidad en una sociedad que, casi en permanencia, había vivido en guerra. Pero Porfirio Díaz se equivocó porque la paz social agitaba las conciencias.

En 1987 la paz social que, ciertamente, es una realidad, también agita las conciencias.

En la guerra larvada de las sociedades en crisis la paz social se traduce en una desconfianza que sólo la democracia podría suprimir. Y como en México, nos dice Krauze, el recurso a la exaltación de la paz social es un signo del deterioro de la legitimidad política sólo sustituyendo esta exaltación de la paz social por el acontecer democrático se puede recobrar la legitimidad política.

Desde la perspectiva de Krauze es posible observar con claridad cómo la actitud prepotente del régimen en los procesos electorales es uno de los mayores obstáculos al advenimiento de la democracia. El voto oficial, que es el voto a favor del PRI, no es más que un voto contra el voto, porque desmoviliza a la sociedad civil. Nadie vota en una sociedad donde todos saben anticipadamente quién va a ganar. El verdadero elector jamás es el elector de su tirano, aun cuando éste le prometa el paraíso.

Ciertamente, la inmovilidad política alimentada por la prepotencia gubernamental y por su cómplice, el peticionarismo ciudadano, atenta contra la mera posibilidad de la democracia. Pero cuando se producen hechos fuera del control gubernamental la acción cívica ciudadana impone su propia legitimidad. Así ocurrió inmediatamente después del sismo de septiembre de 1985.

A raíz de este terremoto la acción ciudadana dejó atrás a sus gobernantes. En esos días de duelo los gobernantes dejaron de gobernar por su inmovilismo, su soberbia y su incompetencia. Además, la acción cívica demostró, entre otras cosas, que la necesidad de la descentralización ya no podía seguir siendo mera retórica. Se brindaba así una oportunidad única para la puesta en marcha de la democracia. La respuesta gubernamental fue precisa: nueva retórica.

La provincia de Chihuahua ha sido la última en poner de manifiesto la incapacidad cívica de los gobernantes mexicanos en las elecciones de 1986, debido a que el PRI decidió no ceder en absoluto en su prepotencia. De hecho, el Partido de Acción Nacional (PAN) tendría que haber ganado las elecciones para gobernador de esa provincia. Y perdió, pero no por razones electorales. Además de algunas irregularidades en el proceso electoral, varios portavoces del gobierno se dedicaron a escandalizar a la población afirmando que el PAN estaba apoyado por la Iglesia y era objeto de una inadmisibles penetración yanqui. Fue evidente que se trató de calumnias. Así lo creyó Chihuahua y gran parte de México.

En el horizonte del México de hoy es patente un firmamento cargado de nubarrones. Esto es lo que lee Krauze, entre otras cosas, en *Tiempo nublado* de Octavio Paz. Su